

La promesa de la mariposa

Había una vez un enorme cerezo cuyas nudosas ramas se extendían hasta el cielo. Un sinfín de hojas cubrían cada rama, y cada puñado de hojas estaba conectado a un rabillo del que colgaba una ágil y diminuta cereza.



Pero, si fueras un pajarito volador y observaras el árbol, jamás habrías adivinado que se trataba de un cerezo. ¿Y sabes por qué? Porque las cerezas todavía no estaban maduras. En realidad, estaban bastante verdes. Las cerezas cuando están maduras se vuelven de un color rojo oscuro, pero estas cerezas aún eran muy pequeñas. Apenas estaban comenzando a crecer, y eran diminutas y de color verde.

En este enorme cerezo vivía una pequeña cereza que se llamaba Pepita. Pepita era una cereza verde y brillante y tenía un lindo rabillo. Le encantaba balancearse con el viento y jugar con sus amiguitas, las demás cerezas.



Un día soleado, Pepita observó sorprendida a alguna de sus amigas. Se estaban poniendo coloradas. Sus amigas de la rama de encima ya estaban bastante rojas, y sus amigas de la rama de abajo ya no lucían tan verdes, más bien se estaban convirtiendo en una cerezas brillantes, jugosas y maduras.

Pero, Pepita ¡todavía estaba muy verde! ¡Aún era diminuta! No estaba nada roja, ni siquiera se había vuelto un poco colorada como las demás.

—Ay, ¿qué voy a hacer? —exclamó. Pepita estaba muy preocupada. —Quizás nunca me convierta en una cereza brillante y regordeta como las demás, y me quede verde y pequeña para siempre —se lamentó.



Una preciosa mariposa se posó en la rama de Pepita. Tenía unas delicadas y esbeltas alas en diversos tonos azules y amarillos.

—Hola —la saludó la mariposa.

—Hola —respondió con tristeza Pepita.

—¿Por qué estás tan triste y abatida? —le preguntó la mariposa.

—Pues... —respondió Pepita— mira a mis amigas. Todas se están poniendo rojas y maduras. ¡Y mírame a mí! Todavía sigo verde y diminuta. Tal vez jamás me convierta en una linda cereza, roja y brillante.

La mariposa sonrió y batió ligeramente sus delicadas alas. Sabía lo que animaría a esta triste cerecita.

—¿Sabes? —le dijo—. No tienes que preocuparte. En este árbol todavía hay muchas cerezas que siguen verdes.

—¿De verdad? —replicó Pepita. Un rayo de esperanza iluminó su corazón.

—Muy pronto, sin que te des cuenta, estarás toda colorada, igual que las demás. Y te convertirás en una preciosa y regordeta cereza madura. ¡Solo tienes que tener un poco de paciencia!

—¿Paciencia? —repitió Pepita—. ¿Y eso qué es?

—Bueno —contestó la mariposa—, paciencia significa saber esperar. A veces hay cosas que anhelamos mucho, mucho, y nos gustaría tenerlas al instante. Pero no sucede así. Y nos toca esperar. Y si nos pasamos todo el rato pensando en lo que deseamos que ocurra, nos parecerá que tarda mucho tiempo, toda una eternidad.



—Por eso, el secreto consiste en mantenernos ocupados mientras esperamos. Por ejemplo, ¿qué te parece si te diviertes siendo una cereza verde y chiquita, y dejas de preocuparte de cuándo madurarás? ¡Diviértete columpiándote con el viento! Pásalo bomba jugando al escondite con tus amigas, las hojas. Y muy pronto, te convertirás en lo que estás destinada a ser.

—Muy bien —dijo Pepita—, ¡lo intentaré!

La mariposa se despidió y emprendió su grácil vuelo.





Unos días después, la mariposa sobrevoló de nuevo el cerezo.

—Me preguntó cómo le estarán yendo las cosas a mi amiga Pepita —pensó.

La mariposa se posó en la misma rama que la vez anterior cuando conoció a Pepita. ¿Y adivinas lo que descubrió? Un rabillo firme y estilizado de donde colgaba... ¡una cereza madura y regordeta!

—¡Mírate! —exclamó encantada la mariposa—. ¡Eres la cereza más hermosa, grande y roja que haya visto en toda mi vida! —¡Lo sé! —respondió Pepita, con una enorme sonrisa de cereza—. Muchas gracias por animarme. Yo era tan diminuta que pensé que jamás maduraría. Pero me esforcé mucho por ser paciente y esperar, y simplemente me divertí mientras era chiquita y verde. Y muy pronto, casi sin darme cuenta... ¡me puse roja!

La mariposa sonrió:

—¡Yo sabía que eso ocurriría!

Anónimo. Ilustraciones: Alvi. Diseño: Christia Copeland.

Traducción: Victoria Martínez y Antonia López.

Publicado por Rincón de las maravillas. © La Familia Internacional, 2011